



Notas para los abrazos que dejamos suspendidos en el aire

TATIANA LANDÍN

Escribir para rastrear la memoria, para rastrear la ausencia desde el presente. Sé que a mi abuelo le gustaba que yo escribiera. Al parecer, mi nombre impreso en alguna publicación lo llenaba de una cierta alegría, que tal vez tuviera algo que ver con la extensión de su legado. Y esto lo digo con imprecisión porque no me gusta poner palabras que limiten. Cuando se trata de sentimientos las posibilidades de evocación deben ser infinitas.

Mi abuelo fue el neurocirujano Roberto Ramírez

Cucalón y falleció en tiempos de la pandemia. Sus dolencias de vejez se fueron agravando ya hace varios meses, no murió de COVID-19, pero su despedida nos hizo sentir a mi familia y a mí, enfrentados a una nueva forma de relación con la muerte. A habitar las estancias de la reparación.

La pandemia que reduce el contacto social, que nos obliga a medir la distancia entre los cuerpos, a adaptar nuestra rutina a implementos higiénicos que ahora son parte de nuestra vida cotidiana, ha hecho de nosotros una maquinaria de subjetividades irreparables. Ahora usamos una mascarilla de protección para que contenga nuestra ansiedad frente al contagio y que se convierta en el camuflaje de nuestra indefensión. Pero cuando la muerte nos toca muy de cerca, la fragilidad humana no tiene escapatoria. Nos quedamos expuestos y rendidos ante la impotencia.

Todo esto lo digo teniendo en cuenta cómo el último adiós a un ser querido se convierte en una prolongación de la pérdida: la anulación de los ritos, la supresión de los abrazos y la cancelación de los afectos cercanos. Sólo basta remontarme a lo que fue el entierro de mi abuelo para remover la herida de la ausencia, pero me detengo a pensar en las víctimas del virus y en los familiares que aún no han sellado el pacto del presente en una simulación de adioses. Y es como transitar los ciclos del desasosiego.

El tiempo COVID-19 también es la insignia de la potencia solidaria y colectiva que encuentra salida en las voces cotidianas, voces que expresan el dolor, voces que denuncian la desigualdad inscrita en ciertos cuerpos y constatan la ineficiencia de un sistema social. La memoria de la precariedad, la atención a los testimonios históricos nos permite vernos en los otros, encontrarnos en el camino de la vulnerabilidad; o en palabras de Paul Ricoeur: “El testimonio desprende de la huella vivida un vestigio de ese rastro, y ese vestigio es la declaración de que aquello existió”. Marcar la huella, convertirla en el rastro de vidas que importan, a pesar de los abrazos que quedaron suspendidos en el aire.